



LA CENA DEL SEÑOR

Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: tomad, comed; esto es mi cuerpo... Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre. S. Mateo 26:26-28

LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



LA CENA DEL SEÑOR Por el Obispo J. C. Ryle

Obispo Presidente Jerry L. Ogles
Traducción del Rev. José Antonio Rios
Anglican Orthodox Church

Statesville, North Carolina

1. La Cena del Señor

El Sacramento de la Cena del Señor es un punto de la religión cristiana que requiere un manejo muy cuidadoso. Me acerco a él con reverencia, temor y temblor. No puedo olvidar que piso un terreno muy delicado. Hay muchas cosas relacionadas con el tema que son dolorosas, humillantes y difíciles.

Es doloroso pensar que una ordenanza designada por Cristo para nuestro beneficio haya sido contaminada por el ruido y el humo de la controversia teológica. Es innegable que ninguna ordenanza ha suscitado tantas pasiones y luchas, y se ha convertido en una manzana de la discordia entre los divinos polemistas. Tal es la corrupción del hombre caído que lo que fue "ordenado para nuestra paz" se ha convertido en "ocasión de caer".

Es humillante recordar que hombres de opiniones opuestas han escrito folios sobre la Cena del Señor sin producir el más mínimo efecto en las mentes de sus adversarios. Durante los últimos tres siglos se han publicado montones de libros sobre ella, y se han vertido en el abismo abierto entre los contendientes en vano. Al igual que el "Pantano del desaliento", en "El Progreso del Peregrino", es un abismo que todavía se abre. No pido una prueba más contundente de que la caída de Adán ha afectado tanto al entendimiento como a la voluntad del hombre, que el actual estado de división de la cristiandad sobre la Cena del Señor.

Es difícil saber cómo tratar este tema sin agotar la paciencia de los lectores. Es difícil saber qué decir y qué no decir. El campo ha sido tan completamente agotado por los trabajos de muchos maestros en Israel, que es literalmente imposible presentar algo que sea nuevo. Lo máximo que puedo esperar es la condensación de viejos argumentos. Si sólo puedo reunir algunas cosas antiguas y presentarlas a mis lectores en una forma llevadera y compacta, estaré satisfecho. En el presente trabajo, me contentaré con dos puntos, y sólo dos.

I. Mostraré la intención original de la Cena del Señor.

II. Mostraré la posición que la Cena del Señor debía ocupar.

Una cosa, en todo caso, es muy clara para mí: es imposible exagerar la importancia del tema. Tengo la fuerte y creciente convicción de que el error sobre la Cena del Señor es uno de los más comunes y peligrosos de la actualidad. Sospecho que tenemos poca idea de hasta qué punto prevalecen los puntos de vista erróneos sobre este sacramento, tanto entre el clero como entre los laicos. Son la raíz oculta de nueve décimas partes del extravagante ritualismo que, como una niebla, está cubriendo nuestra Iglesia. Aquí, si en algún lugar, todos los ministros cristianos tienen que ser muy celosos por el Señor Dios de los ejércitos. Nuestro testimonio

debe ser claro, distinto e inconfundible. Nuestras trompetas no deben dar un sonido incierto. Los filisteos están sobre nosotros. El arca de Dios está en peligro. Si amamos la verdad tal como es en Jesús, si amamos la Iglesia de Inglaterra, debemos contender seriamente por la fe una vez entregada a los santos en el asunto de la Cena del Señor.

I. En primer lugar, ¿Cuál era la intención original de la Cena del Señor?

Esta pregunta no puede recibir mejor respuesta general que la de nuestro conocido Catecismo de la Iglesia. A pesar de la falta de simplicidad de ese famoso formulario, y de estar tristemente lleno de palabras duras y términos metafísicos escolásticos, es digno de todo honor por sus declaraciones sobre los sacramentos. Nuestros maestros de la escuela dominical pueden no entender el Catecismo, y quejarse justamente de que necesitan otro Catecismo que pueda ser explicado. Pero, después de todo, hay una precisión lógica y una exactitud teológica en sus definiciones, que todo divino bien leído debe reconocer y apreciar. Utilizado correctamente, considero que el Catecismo de la Iglesia es un arma muy poderosa contra el semirromanismo. Interpretado correctamente, es totalmente subversivo del sistema "ritualista".

La primera pregunta del Catecismo sobre la Cena del Señor es la siguiente: "¿Por qué fue ordenado el Sacramento de la Cena del Señor?" La respuesta suministrada es esta: "Para el recuerdo continuo del sacrificio de la muerte de Cristo, y de los beneficios que recibimos por ello". Este es un discurso sólido que no puede ser condenado. Fundado en el lenguaje claro de la Sagrada Escritura, contiene la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad (Lucas 22:19; 1 Cor. 11:24).

El Señor Jesucristo quiso que la Cena del Señor fuera un recuerdo continuo para la Iglesia de su muerte expiatoria en la cruz. El pan partido, dado y comido, tenía la intención de recordar a los cristianos su cuerpo entregado por nuestros pecados. El vino derramado y bebido tenía la intención de recordar a los cristianos su sangre derramada por nuestros pecados.

La doctrina del Servicio de Comuni3n, permítanme recordar al lector, está en precisa armonía con la del Catecismo. Fijémonos en las siguientes expresiones: -

"Para que recordemos siempre el grandísimo amor de nuestro Maestro y único Salvador Jesucristo, muriendo así por nosotros, y los innumerables beneficios que, por su derramamiento de sangre, nos ha obtenido: Él ha instituido y ordenado los santos misterios como prenda de su amor, y para un continuo recuerdo de su muerte, para nuestro gran e interminable consuelo". - "Él instituyó, y en su santo evangelio nos ordenó continuar un recuerdo perpetuo de esa su preciosa muerte hasta su venida de nuevo". - "Toma y come esto en memoria de que Cristo murió por ti". - "Bebe esto en recuerdo de que la sangre de Cristo fue derramada por ti".

El Señor Jesús sabía lo que había en el hombre. Conocía muy bien las tinieblas, la lentitud, la frialdad, la dureza, la estupidez, el orgullo, el engreimiento, la justicia propia, la pereza, de la naturaleza humana en las cosas espirituales. Por lo tanto, se preocupó de que su muerte por los pecadores no se limitara a estar escrita en la Biblia -pues entonces podría haber quedado encerrada en las bibliotecas- o se dejara al ministerio la tarea de proclamarla en el púlpito -pues entonces podría haber sido retenida pronto por los falsos maestros-, sino que se exhibiera en signos y emblemas visibles, incluso en el pan y el vino en una ordenanza especial. La Cena del Señor era una provisión permanente contra el olvido del hombre. Mientras el mundo esté en su orden actual, lo que se hace en la mesa del Señor muestra la muerte del Señor hasta que él venga (1 Cor. 11:26).

El Señor Jesucristo conocía muy bien la increíble importancia de su propia muerte por el pecado como la gran piedra angular de la religión bíblica. Él sabía de su propia satisfacción por el pecado como nuestro sustituto, de su sufrimiento por el pecado, el justo por el injusto, su pago de nuestra inmensa deuda en su propia persona, su completa redención de nosotros por su sangre, - Él sabía que esto era la raíz misma del cristianismo que salva y satisface el alma. Sin esto sabía que su encarnación, milagros, enseñanza, ejemplo y ascensión no podían hacer ningún bien al hombre; sin esto sabía que no podía haber justificación, ni reconciliación, ni esperanza, ni paz entre Dios y el hombre. Sabiendo todo esto, se preocupó de que su muerte, en todo caso, no fuera nunca olvidada. Cuidadosamente designó una ordenanza, en la cual, por medio de figuras vivas, su sacrificio en la cruz debía ser mantenido en perpetuo recuerdo.

El Señor Jesucristo conocía bien la debilidad y la flaqueza incluso de los creyentes más santos. Conocía la absoluta necesidad de mantenerlos en íntima comunión con su propio sacrificio vicario, como fuente de su vida interior y espiritual. Por lo tanto, no se limitó a dejarles promesas de las que pudieran alimentar su memoria, y palabras que pudieran recordar; proveyó misericordiosamente una ordenanza en la que la verdadera fe pudiera ser avivada al ver los emblemas vivos de su cuerpo y sangre, y en cuyo uso los creyentes pudieran ser fortalecidos y refrescados. El fortalecimiento de la fe de los elegidos de Dios en la expiación de Cristo fue un gran propósito de la Cena del Señor.

Paso del lado positivo al negativo del tema con verdadero dolor y renuencia. Pero es un simple deber hacerlo. Los ministros, al igual que los médicos, deben estudiar tanto la enfermedad como la salud, y exponer tanto el error como la verdad. Permítanme entonces tratar de mostrar cuáles no son las intenciones de la Cena del Señor.

(1) Nunca se pretendió que se considerara como un sacrificio. No se pretendía que creyéramos que hay algún cambio en los elementos del pan y el vino, o alguna

presencia corporal de Cristo en el sacramento. Esas cosas nunca pueden ser honesta y justamente sacadas de las Escrituras. Dejemos que los tres relatos de la institución, en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y el dado por Pablo a los Corintios, sean sopesados y examinados imparcialmente, y no tengo ninguna duda en cuanto al resultado. Enseñan que no hay sacrificio, ni altar, ni cambio en la sustancia de los elementos; que el pan después de la consagración sigue siendo literalmente y verdaderamente pan - y el vino después de la consagración es literalmente y verdaderamente vino. En ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos que el ministro cristiano sea llamado sacerdote; y en ninguna parte encontramos ninguna mención de un sacrificio, excepto el de la oración, la alabanza y las buenas obras. El último sacrificio literal, se nos dice repetidamente en la Epístola a los Hebreos, es el sacrificio terminado de una vez por todas de Cristo en la cruz.

Sin duda, puede satisfacer a los polemistas, como el difunto cardenal Wiseman, aducir textos como "Esto es mi cuerpo" y "Esto es mi sangre", como pruebas de que la Cena del Señor es un sacrificio. Pero un hombre es fácil de satisfacer si tales textos le satisfacen. La cita de una sola frase aislada es un modo de argumentar que establecería el arrianismo o el socinianismo. El contexto de estas famosas expresiones muestra claramente que aquellos que escucharon las palabras usadas, las entendieron como: "Esto representa mi cuerpo" y "Esto representa mi sangre". La analogía de otros lugares demuestra que "es" y "son" frecuentemente significan "representan" en la Escritura. Pablo, al escribir sobre el Sacramento, llama expresamente al pan consagrado, "pan", y no el cuerpo de Cristo, no menos de tres veces (1 Cor. 11:26-28). Sobre todo, queda el argumento incontestable de que si nuestro Señor tenía realmente su propio cuerpo en sus manos, cuando dijo del pan: "Esto es mi cuerpo", su cuerpo debe haber sido un cuerpo diferente al de los hombres ordinarios. Por supuesto, si su cuerpo no era un cuerpo como el nuestro, su humanidad real y propia está terminada. A este paso, la bendita y reconfortante doctrina de la completa identificación de Cristo con su pueblo, como hombre mismo, se derrumbaría por completo y caería al suelo.

Además, puede complacer a algunos considerar el sexto capítulo de Juan, donde nuestro Señor habla de "comer su carne y beber su sangre", como una prueba de que hay una presencia corporal literal de Cristo en el pan y el vino en la Cena del Señor. Pero hay una ausencia total de pruebas concluyentes de que este capítulo se refiere a la Cena del Señor en absoluto. El hombre que sostiene que sí se refiere a la Cena del Señor, se verá envuelto en consecuencias muy incómodas. Él condena a la muerte eterna a todos los que no reciben la Cena del Señor. Él resucita a la vida eterna a todos los que la reciben. Basta decir que la gran mayoría de los comentaristas protestantes niegan por completo que el capítulo se refiera a la Cena del Señor, y que incluso algunos comentaristas romanos están de acuerdo con ellos en este punto.

Que el cuerpo de nuestro Señor no era un cuerpo real como el nuestro, era la doctrina favorita de los antiguos herejes llamados "apolíneos" en la Iglesia primitiva.

(2) Paso a otro punto de vista negativo del tema. La Cena del Señor nunca tuvo la intención de conferir beneficios a los comulgantes "ex opere operato", o en virtud de una mera recepción formal de la ordenanza. No se pretende que creamos que hace bien a nadie más que a aquellos que la reciben con fe y conocimiento. No es una medicina o un amuleto que actúa mecánicamente, independientemente del estado de ánimo en que se reciba. No puede conferir por sí misma la gracia, donde la gracia no existe antes. No convierte, justifica o transmite bendiciones al corazón de un incrédulo. Es una ordenanza no para los muertos sino para los vivos, no para los infieles sino para los creyentes, no para los inconversos sino para los convertidos, no para el pecador impenitente sino para el santo. Casi me da vergüenza ocupar el tiempo con afirmaciones tan trilladas y conocidas como éstas. La Palabra de Dios testifica claramente que un hombre puede ir a la mesa del Señor, y "comer y beber indignamente" - puede "comer y beber condenación para sí mismo". (1 Cor. 11:27, 29) A tal testimonio, no añadiré una palabra.

(3) Sólo mencionaré un punto más en el lado negativo del tema. La Cena del Señor no estaba destinada a ser una mera fiesta social, que indicara el amor que debe existir entre los creyentes. Nunca se pretendió que la consideráramos bajo esta luz fría y sosa. La noción del autor del "Ecce Homo", de que "la comunión cristiana es una cena de club", no sólo es degradante, sino que no es posible. Sobre este punto, me atrevo a remitir a mis lectores a mis propios "Pensamientos expositivos sobre el Evangelio de Juan", donde encontrarán un resumen condensado de las opiniones, en mis notas sobre el sexto capítulo.

Estas tres palabras latinas, recordemos, que significan simplemente "de" o "por medio de la obra realizada", deben conciliarse con el lenguaje de su Fundador en el momento de la institución. "Alimentarse del carácter de Cristo" (cito este notorio libro), es una idea que puede satisfacer a un sociniano, o a cualquiera que rechace la doctrina de la expiación. Pero el verdadero cristiano que se alimenta especialmente de la muerte vicaria de Cristo, y no de su carácter, verá esa muerte prominentemente exhibida en la Cena del Señor, y encontrará que su fe en esa muerte se aviva por el uso de la misma. El propósito era llevar su mente al sacrificio que se hizo una vez en el Calvario, y no sólo a la encarnación; y ninguna visión inferior satisfará jamás el corazón de un verdadero cristiano.

Ahora he expuesto el fundamento que, a mi juicio, debemos tener sobre el sacramento de la Cena del Señor. Negativamente, no se pretendía que fuera una mera reunión social, ni tampoco un sacrificio, ni tampoco una ordenanza que confiriera la gracia ex opere operato. Positivamente se pretendía que fuera un "recuerdo continuo del sacrificio de la muerte de Cristo", y un medio fortalecedor y refrescante de los verdaderos creyentes. Este fundamento puede parecer a algunos

muy simple, tan simple que está por debajo de la verdad. Que así sea: No me avergüenzo de ello. Ya sea que los hombres escuchen o se abstengan, estoy convencido de que este es el único punto de vista que está en armonía con las Escrituras y los formularios de la Iglesia de Inglaterra.

Concedo libremente que una gran y creciente escuela dentro de nuestra propia Iglesia está en total desacuerdo con el punto de vista que he dado sobre la Cena del Señor. Cientos de clérigos, tanto de alto como de bajo rango, consideran que no sólo hay una presencia real de Cristo en la Cena del Señor, lo cual sostengo tan firmemente como ellos; sino que también hay una presencia real de Cristo en los elementos del pan y el vino después de la consagración, lo cual niego por completo.

Es extremadamente difícil hacer ver a algunas personas la inmensa importancia de la estricta exactitud en la declaración de los términos, en esta infeliz controversia sobre la Cena del Señor. El punto en disputa no es si hay una "presencia real" de Cristo en la Cena del Señor. Esto lo sostenemos todos. - El punto no es si la presencia de Cristo es una presencia espiritual. Incluso Harding, el conocido antagonista de Jewel, admite que el cuerpo de Cristo está presente,

"... no de manera corporal, o carnal, o natural, sino de manera invisible, indecible, milagrosa, sobrenatural, espiritual, divina, y de una manera por Él conocida". (Respuesta de Harding a Jewel)

El verdadero punto es, si el cuerpo y la sangre reales de Cristo están realmente presentes en los elementos del pan y el vino, tan pronto como son consagrados en la Cena del Señor, e independientemente de la fe de quien lo recibe. Los romanistas y semirromanistas dicen que están presentes. Nosotros decimos que no.

Oigamos cómo el archidiacono Denison, que no es una autoridad menor, afirma este punto de vista. Él dice,

"El cuerpo y la sangre de Cristo están realmente presentes en la Sagrada Eucaristía, bajo la forma de pan y vino: es decir, cosas presentes -aunque estén presentes de una manera inefable, incomprendible para el hombre, y no cognoscible por los sentidos. La presencia real de Cristo en la Eucaristía no es, por tanto, como creo que se supone generalmente, la presencia de una influencia que emana de una cosa ausente, sino la presencia invisible y sobrenatural de una cosa presente; de su cuerpo y su sangre presentes bajo la forma de pan y vino" (Sermón II. p. 80).

Escuchémosle de nuevo.

"La adoración se debe a la presencia real, aunque invisible y sobrenatural, del cuerpo y la sangre de Cristo en la santa Eucaristía, bajo las formas del pan y el vino". (Sermón II. p. 81)

Volvamos a escucharlo.

"El acto de la consagración hace la presencia real. Oh, sacerdotes de la Iglesia de Dios, a nosotros se nos ha dado ser los canales y agentes por los que el Espíritu Santo hace que el cuerpo y la sangre de Cristo estén realmente presentes, aunque de forma invisible y sobrenatural, bajo la forma de pan y vino en la Cena del Señor; a nosotros se nos ha dado dar su cuerpo y su sangre a su pueblo. A nosotros se nos ha dado tomar y comer, bajo la forma de pan y vino en la Cena del Señor, el cuerpo y la sangre de Cristo" (Sermón II. p. 107).

El antagonismo entre estas frases del archidiácono Denison y los puntos de vista del obispo Ridley sobre el mismo tema es tan singularmente fuerte, que pido al lector que no pase sin notarlo. El obispo Ridley, en su Disputación de Oxford, dice de la doctrina romana de la presencia real:

"Destruye y elimina la Institución de la Cena del Señor, que fue ordenada sólo para ser usada y continuada hasta que el tiempo de Él viniera. Por lo tanto, si Él está ahora realmente presente en el cuerpo de su carne, entonces debe cesar la Cena; porque un recuerdo no es de una cosa presente, sino de una cosa posterior y ausente. Y, como dice uno de los Padres: 'Una figura es vana donde la cosa figurada está presente' - (Ver "El libro de los Mártires" *in loco*).

Ahora bien, no voy a multiplicar las citas de este tipo. Sería fácil mostrarles que la doctrina establecida por el archidiácono Denison es la doctrina de una sección grande y creciente de la Iglesia de Inglaterra.

No sería menos fácil mostrar que la doctrina es sustancialmente una y la misma que la de la Iglesia Romana, y que por rechazar esta misma doctrina nuestros reformadores mártires dieron sus vidas. Pero el tiempo no me permitiría hacer esto. Me contentaré con tratar de mostrar que la doctrina del archidiácono Denison y su escuela no puede reconciliarse con los formularios autorizados de la Iglesia de Inglaterra, y que la visión más simple y, como algunos la llaman falsamente, más baja con respecto a la intención de la Cena del Señor, está en completa armonía con esos formularios.

En una obra de devoción recientemente publicada por la Church Press Company, titulada "El Pequeño Libro de Oración, destinado a los principiantes en la devoción, revisado y corregido por tres sacerdotes" se encuentran los siguientes pasajes:

"Cuando entres en la iglesia, antes de ir a tu lugar, inclínate reverentemente ante el santo altar, porque es el trono de Cristo, y la parte más sagrada de la iglesia"... "Inclínate reverentemente ante el altar, antes de dejar el altar"... "Al oír las palabras 'esto es mi cuerpo, esto es mi sangre', debes creer que el pan y el vino se convierten

en el verdadero cuerpo y sangre con el alma y la divinidad de Jesucristo. Inclínad vuestro corazón y vuestro cuerpo en la más profunda adoración cuando el sacerdote diga esas terribles palabras, y adorad a vuestro Salvador, allí presente de verdad en su altar".

En un "Catecismo sobre el Oficio de la Santa Cena, editado por un Comité de Clérigos", se encontrarán las siguientes afirmaciones - "La Santa Cena es un sacrificio, una ofrenda hecha en un altar a Dios". - "Ofrecemos el pan y el vino; éstos se convierten después en el cuerpo y la sangre de Cristo". - "El Señor Jesucristo mismo, como nuestro Sumo Sacerdote, y los sacerdotes de su Iglesia que Él ha designado aquí en la tierra, son los únicos que tienen poder para ofrecer este sacrificio." - "El sacrificio es el verdadero cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y se presenta como ofrenda por el pecado para obtener el perdón de nuestras ofensas." - El cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo están real y verdaderamente presentes en el altar bajo las formas del pan y del vino, y el sacerdote ofrece el sacrificio a Dios Padre." - "Debemos adorar a nuestro Señor, presente en su Sacramento, como lo haríamos si pudiéramos verlo corporalmente".

Permítanme pasar primero a los Treinta y Nueve Artículos. No tenemos derecho a apelar a ningún formulario antes de este. La confesión de fe de la Iglesia es la primera norma de doctrina de la Iglesia, así el vigésimo octavo artículo dice lo siguiente:

"La Cena del Señor no es sólo un signo del amor que los cristianos deben tener entre sí, sino más bien un sacramento de nuestra redención por la muerte de Cristo, de modo que para los que la reciben rectamente, dignamente y con fe, el pan que partimos es una participación del Cuerpo de Cristo, y asimismo la copa de la bendición es una participación de la sangre de Cristo.

La transubstanciación (o el cambio de la sustancia del pan y del vino) en la Cena del Señor, no puede ser probada por la Sagrada Escritura, sino que repugna a las palabras claras de la Escritura, destruye la naturaleza de un Sacramento y ha dado ocasión a muchas supersticiones.

El Cuerpo de Cristo se da, se toma y se come, en la Cena, sólo de una manera celestial y espiritual. Y el medio por el cual el Cuerpo de Cristo es recibido y comido en la Cena es la Fe.

El Sacramento de la Cena del Señor no fue por orden de Cristo reservado, llevado, elevado y adorado."

No haré ningún comentario sobre estas palabras. Sólo pido a los eclesiásticos sencillos que las pongan al lado de las declaraciones de la Iglesia Alta sobre la Cena del Señor, y que observen la total contrariedad que existe entre ellas. Apelo al

sentido común de todos los ingleses imparciales y sin prejuicios. Que sean ellos los que juzguen: si un punto de vista es correcto, y el otro está equivocado. Si el lenguaje del artículo 28 puede reconciliarse con la doctrina del archidiácono Denison y su escuela, sólo puedo decir que las palabras no tienen ningún significado. Me contentaré con citar el comentario del obispo Beveridge sobre este artículo 28, y seguiré adelante.

Él dice,

"Si el pan no se transforma realmente en el cuerpo de Cristo, entonces el cuerpo de Cristo no está realmente presente; y si no está realmente presente, es imposible que sea realmente tomado y recibido en nuestros cuerpos, como lo es el pan".

De nuevo, dice,

"No veo cómo se puede negar que Cristo comió del pan del que dijo: 'Esto es mi cuerpo'; y si lo comió, y lo comió corporalmente (es decir, comió su cuerpo como comemos el pan), entonces se comió a sí mismo, e hizo de un cuerpo dos, y luego los amontonó de nuevo en uno, poniendo su cuerpo dentro de su cuerpo, incluso su cuerpo entero en parte de su cuerpo, su estómago. Y así se debe pensar que no sólo tenía dos cuerpos, sino dos cuerpos uno dentro del otro; sí, como siendo uno devorado por el otro: lo absurdo de esto, y de afirmaciones semejantes, puede descubrirlo fácilmente quien tenga medio ojo. De modo que es necesario conceder que el Sacramento fue instituido de manera espiritual, y por consecuencia que es de manera espiritual que el Sacramento debe ser recibido". - Beveridge sobre los Artículos. Ed. Oxford: 1846. pp. 482-486.

La liturgia de la Iglesia de Inglaterra sobre este tema está totalmente de acuerdo con los artículos. La palabra "altar" no se encuentra ni una sola vez en nuestro Libro de Oración. La idea de un "sacrificio" está cuidadosamente excluida de nuestro Oficio de Comunión. Por mucho que los hombres retuerzan y distorsionen las palabras del Servicio de Bautismo, no pueden hacer nada de esto con el Servicio de Comunión, para probar las opiniones romanas. Incluso el famoso no-juramentado, Dr. Thomas Brett, se vio obligado a confesar que "no sabía cómo reconciliar la Oración de Consagración en la actual Liturgia establecida con la presencia real: porque, dice él,

"... hace una clara distinción entre el pan y el vino y el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador, cuando dice - 'Haz que recibiendo estas tus criaturas de pan y vino, seamos partícipes del cuerpo y la sangre de Cristo'. Lo cual implica manifiestamente que el pan y el vino son cosas distintas y diferentes del cuerpo y la sangre". - Discurso de Brett sobre el discernimiento del cuerpo del Señor en la Comunión. Londres: 1720. Pref. pp. 19-21.

Pero la rúbrica al final del Servicio de Comunión hace que sea una mera pérdida de tiempo decir algo más sobre el tema de la visión del Libro de Oración sobre la Cena del Señor. Esa rúbrica dice...

"Considerando que se ordena en este Oficio para la Administración de la Cena del Señor, que los comulgantes deben recibir la misma de rodillas (lo cual es un orden bien intencionado, para significar nuestro humilde y agradecido reconocimiento de los beneficios de Cristo en ella dados a todos los dignos receptores; y para evitar tal profanación y desorden en la Santa Cena, que de otra manera podría sobrevenir); sin embargo, para que el mismo arrodillamiento no sea malinterpretado y depravado por algunas personas, ya sea por ignorancia y debilidad, o por malicia y obstinación, se declara que con ello no se pretende ni debe hacerse adoración alguna al pan o al vino sacramentales allí recibidos, ni a ninguna Presencia Corporal de la carne y sangre naturales de Cristo. Porque el pan y el vino sacramentales permanecen todavía en sus sustancias naturales, y por lo tanto no pueden ser adorados (porque eso sería idolatría, que todos los cristianos fieles deben aborrecer); y el cuerpo y la sangre naturales de nuestro Salvador Cristo están en el cielo, y no aquí; siendo contrario a la verdad que el cuerpo natural de Cristo esté a la vez en más de un lugar".

Si esa rúbrica no condena rotundamente la enseñanza del archidiácono Denison y su escuela, sobre la presencia de Cristo en el Sacramento, bajo las formas del pan y el vino, estoy muy seguro de que las palabras no tienen ningún significado.

El Catecismo de la Iglesia de Inglaterra está en directa concordancia con los Artículos y la Liturgia. Aunque afirma claramente que "el cuerpo y la sangre de Cristo son tomados y recibidos verdaderamente por los fieles en la Cena del Señor", evita cuidadosamente decir una palabra que sancione la idea de que el cuerpo y la sangre están localmente presentes en los elementos consagrados del pan y el vino. De hecho, una presencia espiritual de Cristo en la Cena del Señor para cada fiel comulgante, pero ninguna presencia corporal local en el pan y el vino para ningún comulgante, es evidentemente la doctrina uniforme de la Iglesia de Inglaterra.

Pero no pasaré sin citar "la interpretación de Waterland de la doctrina del Catecismo". Él dice,

"Las palabras tomadas y recibidas por los fieles, de hecho y de verdad, se interpretan correctamente como una participación real de los beneficios adquiridos por la muerte de Cristo. El cuerpo y la sangre de Cristo son tomados y recibidos por los fieles, no corporalmente, ni internamente, sino verdadera y efectivamente, es decir, eficazmente. Los símbolos sagrados no son simples signos, ni figuras falsas de una cosa ausente; sino que la fuerza, la gracia, la virtud y el beneficio del cuerpo de Cristo partido y de la sangre derramada, es decir, de su pasión, están real y efectivamente presentes con todos los que los reciben dignamente. Esta es toda la

presencia real que enseña nuestra Iglesia". - Obras de Waterland. Oxford: 1843. Vol. vi., p. 42.

La rúbrica al final de la Comunión de los Enfermos es otra fuerte evidencia de los puntos de vista de quienes redactaron nuestro Libro de Oración en su forma actual. Dice,

"Si un hombre por razón de una enfermedad extrema, o por falta de aviso a tiempo al coadjutor, o por falta de compañía para recibir con él, o por cualquier otro impedimento justo, no recibe el Sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo, el coadjutor le instruirá, que si se arrepiente verdaderamente de sus pecados, y cree firmemente que Jesucristo ha sufrido la muerte en la cruz por él, y ha derramado su sangre para su redención, recordando seriamente los beneficios que tiene por ello, y dándole por ello gracias de corazón, come y bebe el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Cristo provechosamente para la salud de su alma, aunque no reciba el sacramento con la boca".

Una vez más, digo que si el punto de vista de Waterland sobre el Catecismo puede conciliarse con el del archidiácono Denison y su escuela, las palabras no tienen ningún sentido.

La Homilía de la Iglesia de Inglaterra sobre el Sacramento está en completa armonía con los Artículos, la Liturgia y el Catecismo. Dice,

"Ante todo, debemos estar seguros especialmente de que esta Cena se haga y se administre de tal manera como nuestro Señor y Salvador lo hizo y mandó hacer; como sus santos Apóstoles la usaron; y los buenos Padres de la Iglesia la celebraron. Porque, como dice aquel digno hombre Ambrosio, es indigno del Señor quien celebra este misterio de manera diferente a como fue entregado por Él. Tampoco puede ser devoto el que presuma de otra cosa que no haya sido dada por el Autor. Debemos, pues, tener cuidado, no sea que de la memoria se haga un sacrificio, no sea que de la comunión se haga una comida privada; no sea que de dos partes no tengamos más que una; no sea que, aplicándolo para los muertos, perdamos el fruto que está vivo".

También dice, después de insistir en la necesidad de conocimiento y fe en los comulgantes: "Esto es adherirse a la promesa de Cristo hecha en su institución: hacer tuyo a Cristo y aplicar sus méritos a ti mismo. En esto no necesitas la ayuda de otro hombre, ningún otro sacrificio u oblación, ningún sacerdote sacrificador, ninguna misa, ningún medio establecido por la invención del hombre".

De nuevo, dice:

"Es bien sabido que la carne que buscamos en esta Cena es un alimento espiritual, el alimento de nuestra alma, una refección celestial y no terrenal, una carne invisible y no corporal, una sustancia del Espíritu y no carnal. De modo que pensar que sin la fe disfrutamos realmente de su comer y beber, o que esa es la fruición de la misma, no es más que soñar con un burdo sentimiento carnal, objetando y atándose ruinmente a los elementos y a las criaturas. Mientras que, según la orden del Concilio de Nicea, debemos elevar nuestras mentes por la fe, y dejando estas cosas inferiores y terrenales, buscarla allí donde brilla siempre el Sol de Justicia. Toma, pues, esta lección, oh tú que deseas esta mesa, de Emissenus un Padre piadoso - que cuando subas a la reverenda comunión para saciarte de la carne espiritual, mires 'con fe el santo cuerpo y sangre de tu Dios, te maravilles con reverencia, lo toques con tu mente, lo recibas con la mano de tu corazón, y lo tomes plenamente con tu hombre interior".

Ahora bien, sería fácil multiplicar las citas en apoyo del punto de vista de la Cena del Señor que yo defiendo, de los principales divinos de la Iglesia de Inglaterra. Pero me abstengo. El tiempo es precioso en estos últimos días de prisa, bullicio y excitación. Las citas son agotadoras y a menudo no se leen. Aquellos que deseen profundizar en el tema deberían estudiar el incontestable, pero muy descuidado, libro del decano Goode sobre la Eucaristía.

Sólo daré dos citas, de dos hombres de no poca autoridad, aunque difieren ampliamente en algunos puntos.

El primero es el conocido Jeremy Taylor. En su libro sobre la Presencia Real (edit. 1654, pp. 13-15), dice:

"Nosotros decimos que el cuerpo de Cristo está en el sacramento realmente, pero espiritualmente. Los católicos romanos dicen que está allí realmente, y de igual forma afirman que espiritualmente". Por lo que Belarmino se atreve a decir que la palabra puede ser permitida en esta cuestión. ¿Dónde está ahora la diferencia? Aquí por espiritualmente, ellos quieren decir espiritual a la manera de un espíritu. Nosotros por espiritualmente, queremos decir presente a nuestro espíritu solamente. Ellos dicen que el cuerpo de Cristo está verdaderamente presente allí como estaba en la cruz, pero no según la manera de todos o de cualquiera, sino según esa manera de estar como un ángel está en un lugar. Esa es su manera de entender la presencia espiritual. - Pero nosotros por la presencia espiritual real de Cristo entendemos que Cristo está presente, y el Espíritu de Dios está presente, en los corazones de los fieles, por la bendición y la gracia; y esto es todo por lo que nos quejamos al lado de la presencia representativa y figurada."

El otro divino que citaré es uno que fue un gigante de la teología, y tan notable por su solidez en la fe como por su prodigiosa erudición. Me refiero al arzobispo Usher. En su sermón ante la Cámara de los Comunes, dice:

"En el sacramento de la Cena del Señor, el pan y el vino no cambian en sustancia de ser el mismo que se sirve en las mesas ordinarias; pero con respecto al uso sagrado para el que están consagrados, se hace tal cambio que ahora difieren tanto del pan y el vino comunes como el cielo de la tierra. Tampoco deben ser considerados apenas significativos, sino verdaderamente exhibitivos también de aquellas cosas celestiales con las que tienen relación, ya que han sido designados por Dios para ser un medio de transmitirlos a nosotros, y ponernos en posesión real de las mismas. De modo que al usar esta santa ordenanza, así como el hombre recibe con su mano y boca terrenales el pan y el vino, así también recibe con su mano y boca espirituales, si los tiene, el cuerpo y la sangre de Cristo. Y esta es la presencia real y sustancial que afirmamos que hay en el interior de esta acción sagrada".

No puedo dejar esta parte del tema sin presentar mi indignada protesta contra la burla, a menudo repetida, de que el aprendizaje, el razonamiento y la investigación no se encuentran entre los partidarios de la religión evangélica en la Iglesia de Inglaterra. La obra del decano William Goode, sobre la naturaleza de la presencia de Cristo en la Eucaristía, que contiene 986 páginas de argumentos magistrales en defensa de los sólidos puntos de vista protestantes sobre la Cena del Señor, ha estado durante muchos años ante el público. Hasta el día de hoy sigue sin respuesta y sin poder ser contestado. ¿Dónde está la honestidad, dónde la equidad, de no refutar ese libro si puede ser refutado, y sin embargo aferrarse obstinadamente a los puntos de vista que subvierte triunfalmente? - Recomiendo sin vacilar ese libro al estudio paciente y diligente de todos mis hermanos más jóvenes en el ministerio, si quieren que sus mentes sean establecidas y confirmadas acerca del Sacramento de la Cena del Señor. Léanlo cuidadosamente, y creo que encontrarán imposible llegar a otra conclusión que no sea una. Esa conclusión es que la Iglesia de Inglaterra sostiene que no hay ningún sacrificio en la Cena del Señor, ninguna oblación, ningún altar, ninguna presencia corporal de Cristo en el pan y el vino; y que la verdadera intención de la Cena del Señor es justo lo que el Catecismo afirma, y ni más ni menos: "Fue ordenada para el recuerdo continuo del sacrificio de la muerte de Cristo, y de los beneficios que recibimos por ello".

II. El segundo punto que me propongo tratar en este artículo está tan completamente ligado al primero, que no me detendré en él. El que pueda responder a la pregunta - "¿Cuál es la verdadera intención" de la Cena del Señor?, no encontrará ninguna dificultad en discernir "¿Cuál es su legítima posición en la Iglesia de Cristo"?

Al igual que el arca de Dios en el Antiguo Testamento, este bendito Sacramento tiene una posición y un rango apropiados entre las ordenanzas cristianas, y, al igual que el arca de Dios, puede colocarse fácilmente en el lugar equivocado. La historia de esa arca nos recordará diligentemente la posibilidad de que esto ocurra. Cuando

esta fue colocada en el lugar de Dios, y tratada como un ídolo, no hizo ningún bien a los israelitas. En los días de Elí, no pudo salvarlos de la mano de los filisteos. Sus ejércitos fueron derrotados, y el arca misma fue tomada. - Profanada y deshonrada siendo colocada en el templo de un ídolo, fue la causa de que la ira de Dios cayera sobre toda una nación, hasta que los filisteos dijeron a una sola voz: "Enviadla". - Tratada con descuido y ligereza, hizo caer el juicio de Dios sobre los hombres de Bet-emes y sobre Uzza. - Tratada con reverencia y respeto, trajo una bendición sobre Obed Edom y toda su casa. - Lo mismo ocurre con la Cena del Señor. - Colocada en su posición correcta, es una ordenanza llena de bendición. La gran pregunta que hay que resolver es: ¿Cuál es esa posición?

La Cena del Señor no está en su lugar correcto cuando se convierte en lo primero, principal y más importante del culto cristiano. Todos debemos saber que esto es así en muchos sectores. Las conocidas "misas" de la Iglesia Romana, la creciente importancia que se le da a la "Santa Comunión", como la llaman muchos en nuestra propia Iglesia, son una clara evidencia de lo que quiero decir. El sermón, el modo de llevar a cabo la oración, la lectura de la "Sagrada Escritura", en muchas iglesias se convierten en algo secundario a esto - la administración de la Cena del Señor. - Bien podemos preguntar "¿qué garantía de las Escrituras hay para este extravagante honor?" Pero no obtendremos respuesta. A lo sumo hay cinco libros en todo el canon del Nuevo Testamento en los que se menciona la Cena del Señor. Sobre la gracia, la fe y la redención -sobre la obra de Cristo, la obra del Espíritu y el amor del Padre; sobre la ruina, la debilidad y la pobreza espiritual del hombre; sobre la justificación, la santificación y la vida santa- sobre todos estos poderosos temas encontramos que los escritores inspirados nos dan línea tras línea y precepto tras precepto. Sobre la Cena del Señor, por el contrario, podemos observar en la mayor parte del Nuevo Testamento un silencio de palabra. Incluso las Epístolas a Timoteo y a Tito, que contienen mucha instrucción sobre los deberes de un ministro, no contienen una palabra al respecto. Este hecho por sí solo dice mucho. El empujar la Cena del Señor hacia adelante, hasta que se imponga y anule todo lo demás en la religión, es darle una posición para la cual no hay autoridad en la Palabra de Dios.

Aprovecho la ocasión para decir que veo con gran desagrado la práctica moderna de sustituir la Cena del Señor por un sermón en las visitas episcopales y arquidiocesanas. No hay duda de que ahorra a los obispos y archidiaconos muchos problemas. Los libera de la resentida responsabilidad de seleccionar un predicador. Pero la cosa tiene un aspecto muy sospechoso e insatisfactorio. La predicación de la Palabra, a mi juicio, es una ordenanza mucho más importante que la Cena del Señor. El tema es uno sobre el que los eclesiásticos evangélicos harían bien en despertar y estar en guardia. Este intento estudiado de introducir la Cena del Señor en todas las ocasiones tiene una tendencia muy desafortunada a hacer que los hombres recuerden la misa papista.

De nuevo, la Cena del Señor no está en su lugar correcto cuando se administra con un grado extravagante de ceremonia y veneración externas. Al decir esto, lamentaría ser malinterpretado. Dios me libre de tolerar cualquier descuido o irreverencia en el uso de cualquier ordenanza de Cristo. Por todos los medios, demos honor a quien lo merece. Pero pregunto a todos los que lean este documento si no hay algo dolorosamente sospechoso en la enorme cantidad de pompa y reverencia corporal con la que se administra ahora la Cena del Señor en muchas de nuestras iglesias. El tratamiento ostentoso de la mesa de la Comunión como un altar - las luces, ornamentos, flores, sombreros, gestos, posturas, reverencias, cruces, incensarios, procesiones, que están relacionados con el llamado altar - la veneración misteriosa y obsequiosa con la que el pan y el vino son consagrados, dados, tomados y recibidos, - ¿Qué significa todo esto? ¿Dónde está en todo esto la simplicidad de la primera institución, tal como la encontramos registrada en la Biblia? ¿Dónde está la simplicidad que nuestros reformadores protestantes predicaron y practicaron? ¿Dónde está la simplicidad que cualquier lector del Libro de Oración inglés podría esperar? Bien podemos preguntar: ¿Dónde? La verdadera Cena del Señor ya no existe. Todo el asunto sabe a romanismo. Un hombre sencillo sólo puede ver en él un intento de introducir en nuestro culto la doctrina del sacrificio, la "fábula blasfema y el peligroso engaño" de la misa, la presencia real papista y la transubstanciación. Es imposible evitar la sensación de que una herejía mortal subyace a este pomposo ceremonial, y que no tenemos que ver simplemente con un amor infantil por el espectáculo y la forma, sino con un diseño profundamente planeado para devolver el papismo a la Iglesia de Inglaterra y subvertir el evangelio de Cristo. Una cosa, en todo caso, es muy clara para mí: el Sacramento de la Cena del Señor, administrado como lo es ahora en muchos lugares, no está en su posición correcta. Está tan disfrazado, y pintado, y embadurnado, y recubierto, e hinchado, y cambiado por este nuevo tratamiento, que apenas puedo ver en él alguna Cena del Señor.

Es verdaderamente lamentable observar cuántos hombres y mujeres jóvenes, de los que se podrían haber esperado cosas mejores, caen en el semirromanismo en la actualidad, bajo la atracción de un ceremonial altamente ornamental y sensual. Las flores, los crucifijos, las procesiones, los estandartes, el incienso, las magníficas vestimentas y otros elementos similares, no dejan de atraer a esos jóvenes, como la miel atrae a las moscas. No voy a insultar el sentido común de aquellos que encuentran estas cosas atractivas, preguntándoles si realmente creen que obtienen de ellas algún alimento para el corazón, la conciencia y el alma. Pero me gustaría que consideraran seriamente lo que significan estas cosas. ¿Saben realmente que las doctrinas de la misa y la transubstanciación son la raíz de todo el sistema? ¿Están dispuestos a tragarse estas horribles herejías? Sospecho que muchos están jugando con el ritualismo sin la menor idea de lo que cubre. Ven un cebo atractivo, pero no ven el anzuelo.

De nuevo, la Cena del Señor no está en su lugar correcto cuando se presiona a todos los adoradores indiscriminadamente, como un medio de gracia que todos

como cuestión de rutina deben usar. Una vez más pido que nadie me malinterprete. Siento tan fuertemente como cualquiera, que ir a la iglesia como adorador, y sin embargo no ser comulgante, es ser un cristiano muy inconsistente, y que no ser apto para la mesa del Señor es no ser apto para morir. Pero una cosa es enseñar esto, y otra muy distinta es instar a todos los hombres a recibir el Sacramento como algo natural, estén o no capacitados para recibirlo. - Lamentaría levantar una falsa acusación. No supongo ni por un momento que ningún clérigo de la Alta Iglesia recomiende, en un lenguaje desnudo, a los malvados que vengan a la Cena del Señor para que se hagan buenos. Pero no puedo olvidar que desde muchos púlpitos se enseña constantemente a las personas que han nacido de nuevo, y que tienen la gracia, en virtud de su bautismo; y que si quieren despertar la gracia dentro de ellos, y obtener más religión, deben utilizar todos los medios de gracia, y especialmente la Cena del Señor. Y no puedo dejar de temer que miles de personas en la actualidad están prácticamente sustituyendo la asistencia a la Cena del Señor por el arrepentimiento, la fe y la unión vital con Cristo, y halagándose a sí mismos de que cuanto más a menudo reciben el Sacramento, más justificados están y más aptos para morir. Mi firme convicción es que la Cena del Señor no debe anteponerse en ningún caso a Cristo, y que siempre se debe enseñar a los hombres a venir a Cristo por la fe antes de acercarse a la Mesa del Señor. Creo que este orden nunca puede ser invertido sin traer una gran superstición, y hacer un inmenso daño a las almas de los hombres. Aquellas partes de la cristiandad donde "la misa" lo es todo, y la Palabra de Dios casi nunca se predica, son precisamente aquellas partes donde hay la más completa ausencia de cristianismo vital. Me gustaría poder decir que no hay temor de que lleguemos a este estado de cosas en nuestra propia tierra. Pero cuando oímos que cientos de personas acuden a la mesa del Señor los domingos y luego se sumergen en toda clase de disipación durante los días de la semana, hay graves razones para sospechar que la Cena del Señor se presiona en muchas congregaciones de una manera totalmente injustificada por las Escrituras.

Alguien pregunta ahora, ¿Cuál es la posición correcta de la Cena del Señor? Yo respondo a esa pregunta sin ninguna duda. Creo que su posición legítima, como la de la santidad, está entre la gracia y la gloria, entre la justificación y el cielo, entre la fe y el paraíso, entre la conversión y el descanso final, entre la puerta de entrada y la ciudad celestial. No es Cristo; no es la conversión; no es el pasaporte al cielo. Es para fortalecer y refrescar a aquellos que ya han venido a Cristo, que conocen algo de la conversión, que ya están en el camino estrecho y han huido de la ciudad de la destrucción.

Soy consciente de que no podemos leer los corazones. No debemos ser demasiado estrictos y exclusivos en nuestros términos de comunión, y entristecer a quienes Dios no ha entristecido. Pero nunca debemos evitar decir a los inconversos e incrédulos que, en su condición actual, no son aptos para venir a la mesa del Señor. Un clérigo fiel, en todo caso, nunca debe avergonzarse de ocupar el terreno que le marca el Catecismo de la Iglesia. La última pregunta de ese conocido

formulario es la siguiente: "¿Qué se requiere de los que vienen a la Cena del Señor?" La respuesta a esa pregunta es de peso y está llena de significado. Los que vienen a la Cena del Señor deben "examinarse a sí mismos si se arrepienten verdaderamente de sus pecados anteriores, proponiéndose firmemente llevar una vida nueva - tienen una fe viva en la misericordia de Dios por medio de Cristo, y un recuerdo agradecido de su muerte - y están en caridad con todos los hombres". ¿Siente alguien estas cosas en su propio corazón? Entonces podemos decirle con valentía que la Cena del Señor es puesta ante él por un Salvador misericordioso, para ayudarlo a correr la carrera que se le ha propuesto. - No debemos situar la ordenanza más allá de esto. No se espera que el comensal sea un ángel, sino un pecador que siente sus pecados y confía en su Salvador. - Más abajo que esto no tenemos derecho a colocar la ordenanza. Animar a la gente a venir a la mesa sin conocimiento, fe, arrepentimiento o gracia, es hacerles un daño positivo, promover la superstición y desagradar al Maestro de la fiesta. Él no desea ver en su mesa invitados muertos, sino vivos; no el servicio muerto de comer y beber formalmente, sino el sacrificio espiritual de corazones sensibles y amorosos.

Me detengo aquí. Confío en que he dicho lo suficiente para dejar en claro los puntos de vista que sostengo sobre la verdadera intención y la legítima posición del Sacramento de la Cena del Señor. Si, al exponer estos puntos de vista, he dicho algo que moleste a los sentimientos de algún lector, puedo asegurarle que lo lamento sinceramente. Nada más lejos de mi deseo que herir los sentimientos de un hermano.

Pero tengo la firme convicción de que el estado de la Iglesia de Inglaterra requiere una gran claridad en las palabras y en las declaraciones sobre los sacramentos. Estoy convencido de que no hay nada que los tiempos exijan tan imperativamente a los eclesiásticos evangélicos como una afirmación audaz, varonil y explícita de los grandes principios sostenidos por nuestros antepasados, especialmente en lo que respecta al bautismo y la Cena del Señor. Si queremos "afirmar las otras cosas que están para morir", debemos volver resueltamente a los viejos caminos, y mantener las viejas verdades de la manera antigua. Debemos renunciar a la vana idea de que podemos hacer aceptable la cruz de Cristo puliéndola, barnizándola, pintándola, dorándola y cortando sus esquinas. Debemos dejar de suponer que podemos atraer a los hombres para que sean evangélicos mediante un modo de exhibición de las doctrinas del evangelio que sea recortado, provisional, a medias, con leche y agua, o usando plumas prestadas, y haciendo incursiones en la alta iglesia, o proclamando en voz alta que no somos "hombres de partido", o dejando de lado las frases bíblicas sencillas, y alabando la "seriedad", o reteniendo hábilmente las verdades que pueden ofender. El plan es un completo engaño. No gana ningún enemigo: disgusta a muchos amigos verdaderos. Hace que el espectador mundano se burle, y lo llena de desprecio. Podemos estar seguros de que la línea correcta y el curso más sabio que debe seguir el cuerpo evangélico es adherirse firmemente al viejo plan de mantener la verdad, toda la verdad y nada

más que la verdad, tal como es en Jesús, y especialmente la verdad sobre los dos Sacramentos, es decir, del Bautismo y la Cena del Señor. Seamos corteses, amables, caritativos, afables, considerados con los sentimientos de los demás, por todos los medios, pero no permitamos que ninguna consideración nos haga retener ninguna parte de la verdad de Dios.

Permítanme terminar este documento con algunas sugerencias prácticas. Asumiendo, por un momento, que hemos decidido cuál es la intención y la posición correcta de la Cena del Señor, consideremos lo que los tiempos exigen de nosotros.

Por un lado, cultivemos una simplicidad piadosa en todas nuestras declaraciones sobre la Cena del Señor, y un celo piadoso en todas nuestras prácticas al respecto.

Si somos ministros, recordemos a menudo a nuestra gente que no hay ningún sacrificio en la Cena del Señor, ninguna presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en el pan y el vino, ningún cambio de los elementos, ninguna gracia conferida ex opere operato, ningún altar en el extremo oriental de nuestras iglesias, ningún sacerdocio sacrificador en la Iglesia de Inglaterra. Repitamos estas cosas una y otra vez, hasta que nuestras congregaciones las tengan grabadas en sus mentes, memorias y almas, y encomendémosles, mientras aman la vida, que no las olviden.

Ya seamos clérigos o laicos, guardémonos de aprobar o tolerar cualquier práctica en relación con la Cena del Señor que exceda o contradiga las rúbricas de nuestro Libro de Oración, y que implique cualquier creencia en una visión romana de este Sacramento. Protestemos de todas las maneras posibles contra cualquier veneración extravagante de la mesa de la comunión y del pan y el vino, como si el cuerpo y la sangre de Cristo estuvieran en estos elementos, o en la mesa; y no olvidemos nunca lo que el Libro de Oración dice sobre "la idolatría que debe ser aborrecida por todos los cristianos fieles".

No podemos ser demasiado exigentes en estos puntos. Los tiempos están cambiando. Cosas que podríamos haber soportado en años pasados como asuntos de indiferencia, y comparativamente nimiedades en el ceremonial, ya no deben ser soportadas. Hace unos años me habría vuelto hacia el este al repetir el Credo en cualquier iglesia parroquial, antes que ofender los sentimientos de un vecino. Ya no puedo hacerlo, porque veo que están en juego grandes principios. Que nuestra protesta en todos estos asuntos sea firme, inquebrantable y universal en todo el país, y podremos hacer mucho bien.

Por otra parte, no nos dejemos sacudir ni preocupar por la acusación común de que no somos eclesiásticos, porque no estamos de acuerdo con muchos de nuestros hermanos en el tema de los Sacramentos. Tales acusaciones se hacen fácilmente, pero no se establecen tan fácilmente. Confío en que mis hermanos más jóvenes,

especialmente, los tratarán con perfecta indiferencia y despreocupación. No sé qué admirar más, si la insolencia o la ignorancia de quienes las hacen.

Los que dicen fríamente que los eclesiásticos evangélicos no son verdaderos eclesiásticos, ¿Suponen que no sabemos leer? ¿Creen que no podemos entender el significado del inglés sencillo? ¿Piensan persuadirnos de que nuestros puntos de vista doctrinales no se encuentran en los Artículos, la Liturgia y las Homilías, y en los escritos de todos los principales divinos de nuestra Iglesia, hasta los días de Carlos I? - ¿Creen, por ejemplo, que no sabemos que la mesa de la comunión rara vez se encontraba en el extremo oriental de la iglesia, hasta el tiempo de Laud, sino que generalmente se encontraba en el coro, como una mesa, y que Ridley la llamó especialmente "la Mesa del Señor"? Me temo que presumen de la propensión a no leer de la época. Saben demasiado bien que la lectura de muchos evangélicos rara vez va más allá de los periódicos y las revistas.

Es un hecho que la mesa de la comunión en la catedral de Gloucester fue colocada por primera vez en el altar contra el extremo este del coro por el propio Laud, cuando era decano de Gloucester, en el año 1616. También es un hecho que el obispo Miles Smith, entonces obispo de Gloucester, estaba tan dolido y molesto por este cambio, que declaró que no volvería a entrar en la catedral hasta que la mesa volviera a su posición anterior. Cumplió su palabra, y nunca entró en los muros de la catedral, hasta que fue enterrado allí en 1624.

Observemos el lenguaje utilizado por el obispo Ridley en sus requerimientos al clero de la sede de Londres. Asignando razones para la eliminación de los altares y sustituirlos por mesas, dice:

"El uso de un altar es para sacrificar; el uso de una mesa es para servir a los hombres para comer. Ahora bien, cuando venimos a la mesa del Señor, ¿Para qué venimos? ¿Para sacrificar de nuevo a Cristo y crucificarlo de nuevo, o para alimentarnos de Aquel que una vez fue crucificado y ofrecido por nosotros? Si venimos a alimentarnos de Él, espiritualmente para comer su cuerpo, y espiritualmente para beber su sangre, que es el verdadero uso de la Cena del Señor, entonces nadie puede negar que la forma de una mesa es más adecuada que la forma de un altar" - (Ver "Actas de Foxes y Mon.", vol vi.; "Seeley's Edition", p. 6).

Me atrevo a decir que, en lo que respecta a la pertenencia verdadera, honesta y consciente a la Iglesia de Inglaterra, el cuerpo evangélico no debe temer ninguna comparación con ninguna otra sección dentro del ámbito de la Iglesia. Podemos desafiar con seguridad cualquier cantidad de investigación e indagación justas. ¿Han firmado otros los Treinta y Nueve Artículos "ex animo et bona fide"? ¿Han declarado otros su pleno asentimiento a la Liturgia? ¿Utilizan otros la Liturgia, sin añadir ni omitir nada, de forma reverente, solemne y audible? ¿Son otros obedientes a los Obispos? también nosotros. ¿Trabajan otros por la prosperidad de la Iglesia de

Inglaterra? nosotros también. ¿Valoran otros los privilegios de la Iglesia de Inglaterra y desaprueban la separación innecesaria? Nosotros también. ¿Otros honran la Cena del Señor, y la hacen notar a todos los oyentes creyentes? Pero no admitiremos que un hombre deba seguir al arzobispo Laud y ser medio romanista para ser eclesiástico. Somos verdaderos eclesiásticos y no romanistas. Y la mejor prueba de nuestro espíritu eclesiástico es el hecho de que por cada miembro de nuestro cuerpo que ha abandonado la Iglesia de Inglaterra y se ha pasado a la disidencia, podemos señalar a diez miembros de la Alta Iglesia que han abandonado la Iglesia de Inglaterra y se han pasado a Roma.

No, los eclesiásticos evangélicos no necesitan ser conmovidos por la acusación de que no son verdaderos eclesiásticos. Los hombres ignorantes e impúdicos pueden hacer tales acusaciones, pero nadie, excepto los hombres superficiales y mal leídos, las creerá jamás. Cuando los que las hacen hayan respondido a la obra del Decano Goode sobre la Eucaristía, así como a sus otras obras sobre el Bautismo y la Regla de Fe, será el momento de prestar atención a lo que dicen. Pero hasta entonces, podemos actuar con seguridad en el consejo dado a los judíos por Ezequías sobre las acusaciones rabiosas del jefe del Estado mayor del rey Asirio: "No les contestes".

En último lugar, permítanme expresar una sincera esperanza de que nadie que lea este documento se deje expulsar de la Iglesia de Inglaterra por el aumento de la actual marea de ritualismo extremo y la aparente decadencia del cuerpo evangélico. Lamento que haya necesidad de hacer esta advertencia, pero estoy seguro de que hay una causa.

Puedo entender bien los sentimientos que animan a muchos en estos días. Tal vez vivan en una parroquia donde el Evangelio no se predica en absoluto, donde las doctrinas y prácticas romanas sobre la Cena del Señor lo llevan todo por delante, donde de hecho están solos. Semana tras semana, y mes tras mes, y año tras año, no oyen más que la misma ronda de frases lúgubres sobre "la santa Iglesia, el santo bautismo, la santa comunión, los santos sacerdotes, los santos altares, el santo sacrificio", hasta que están casi hartos de la palabra "santo", y el domingo se convierte en un verdadero cansancio para sus almas. Y entonces surge el pensamiento: "¿Por qué no dejar la Iglesia de Inglaterra por completo? ¿Qué bien puede haber en una Iglesia como ésta? ¿Por qué no hacerse disidente o hermano de Plymouth?"

Ahora, deseo ofrecer una afectuosa advertencia a todos los que están en este estado de ánimo. Les pido que consideren bien lo que hacen, y que sigan el consejo del secretario de la ciudad de Éfeso - "no hacer nada precipitadamente". Les ruego que pongan en práctica la fe y la paciencia y que, en todo caso, esperen mucho tiempo antes de separarse, que oren mucho, que lean mucho sus Biblias y que estén muy seguros de que han hecho todo lo que se puede hacer para enmendar lo que está mal.

Es un remedio barato y fácil separarse de una Iglesia cuando vemos males a nuestro alrededor, pero no siempre es el más sabio. Derribar una casa porque la chimenea echa humo; cortar una mano porque nos hemos cortado un dedo, abandonar un barco porque se ha hecho una fuga y entra un poco de agua - todo esto sabemos que es impaciencia infantil. Pero, ¿Es un acto de sabiduría abandonar una Iglesia porque las cosas en nuestra propia parroquia, y bajo nuestro propio ministro, en esa Iglesia están mal? Yo respondo decididamente y sin vacilar que no.

No es tan seguro como parece que se arreglen las cosas dejando la Iglesia de Inglaterra. Todo hombre conoce los defectos de su propia casa, pero nunca conoce los defectos de otra hasta que se muda a ella, y entonces tal vez descubra que está peor que antes de su mudanza. A menudo hay chimeneas humeantes, y desagües en mal estado, y corrientes de aire, y puertas que no se cierran, y ventanas que no se abren, tanto en la No. 2 como en la No. 1. No todo es perfecto entre los disidentes y los hermanos de Plymouth. Si nos unimos a ellos en el disgusto con la Iglesia de Inglaterra, podemos descubrir que sólo hemos cambiado un tipo de mal por otro, y que la chimenea echa humo tanto en la capilla como en la iglesia.

Es muy cierto que un laico sensato y bien instruido puede hacer un inmenso bien a la Iglesia de Inglaterra, puede frenar muchos males y promover la verdad de Cristo, si sólo se mantiene firme y utiliza todos los medios legales. La opinión pública es muy poderosa. La exposición de una mala práctica extrema tiene un gran efecto. Los obispos no pueden ignorar del todo los llamamientos de los laicos. Con mucha importunidad, incluso los ocupantes más cautelosos del banco episcopal pueden ser inducidos a actuar. La prensa está abierta a todos los hombres. En resumen, hay mucho que hacer, aunque, como todo lo que es bueno, puede dar muchos problemas. Y en cuanto a la propia alma de un hombre, debe estar en una posición extraña si no puede escuchar el Evangelio en alguna Iglesia cercana a él. En el peor de los casos, tiene la Biblia, el trono de la gracia y al Señor Jesucristo siempre cerca de él en su propia casa.

Digo estas cosas como alguien que se llama un hombre de la Iglesia Baja, y como alguien que siente una justa indignación por los procedimientos de romanización de muchos clérigos en nuestros días. Lloro por el peligro que el ritualismo de estos días ha causado a la Iglesia de Inglaterra. Lloro por los muchos que han sido expulsados con repugnancia de nuestra Sión. Pero, por más que me llamen hombre eclesiástico bajo, soy un eclesiástico, y estoy ansioso de que nadie se vea impulsado a hacer cosas precipitadas y apresuradas por los procedimientos a los que he aludido. Mientras tengamos verdad, libertad y una confesión de fe inalterada en la Iglesia de Inglaterra, estoy convencido de que el camino de la paciencia es mucho mejor que el de la secesión.

Cuando los Treinta y Nueve Artículos sean alterados, cuando el Libro de Oración sea revisado según los principios romanos y se llene de papismo, cuando la Biblia sea retirada de la mesa de lectura, cuando el púlpito se cierre contra el evangelio, cuando la misa sea formalmente restaurada en cada iglesia parroquial por Ley del Parlamento, cuando de hecho nuestro actual orden de cosas en la Iglesia de Inglaterra sea alterado por estatuto, y la Reina, los Lores y los Comunes ordenen que nuestras iglesias parroquiales sean entregadas a la procesión, el incienso, las cruces, las imágenes, los estandartes, las flores, las vestimentas magníficas, la veneración idolátrica del sacramento del Señor, los libros de texto romanistas, oraciones murmuradas, lecciones apócrifas farfulladas, sermones cortos y secos, gestos y posturas histriónicas, reverencias, cruces y cosas por el estilo - cuando estas cosas lleguen a pasar por ley y norma - entonces será el momento de que todos nosotros dejemos la Iglesia de Inglaterra. Entonces podremos levantarnos y decir con una sola voz: "Partamos, porque Dios no está aquí".

Pero hasta ese momento, y Dios no lo permita, solo hasta ese momento, y cuando llegue, habrá muchos separatistas, hasta ese momento permanezcamos firmes y luchemos por la verdad. No abandonemos nuestro puesto para ahorrarnos problemas, ni nos vayamos para complacer a nuestros adversarios, ni clavemos nuestras armas para evitar una batalla. No, en nombre de Dios, sigamos luchando, aunque seamos como los 300 en las Termópilas: pocos con nosotros, muchos contra nosotros, y traidores por todas partes. Luchemos, y contendamos seriamente por la fe una vez entregada a los santos. El buen barco de la Iglesia de Inglaterra puede tener algunos tablones podridos. La tripulación puede, muchos de ellos, ser inútil y amotinada, y no ser digna de confianza. Pero todavía hay algunos fieles entre ellos. Todavía hay esperanza para la vieja nave. El Gran Piloto aún no la ha abandonado. Por lo tanto, permanezcamos junto a la nave.

Las siguientes citas pueden ser interesantes para algunos lectores.

(1) El arzobispo Cranmer, en el prefacio de su "Respuesta a Gardiner", dice:

"Ellos (los romanistas) dicen que Cristo está corporalmente bajo o en forma de pan y vino; nosotros decimos que Cristo no está allí, ni corporal ni espiritualmente. Pero en los que comen y beben dignamente el pan y el vino está espiritualmente, y corporalmente está en el cielo. - No quiero decir que Cristo esté espiritualmente, ni en la mesa, ni en el pan y el vino que se ponen en la mesa, sino que quiero decir que está presente en la administración y recepción de esa Santa Cena, según su propia institución y ordenanza"- Ver Goode, sobre la Eucaristía," vol. II., p. 772.

(2) El obispo Ridley, en su "Disputación en Oxford", dice

"Las circunstancias de la Escritura, la analogía y la proporción de los Sacramentos, y el testimonio de los Padres fieles, deben regirnos al tomar el significado de la Sagrada Escritura en relación con los Sacramentos.

Pero las palabras de la Cena del Señor, las circunstancias de la Escritura, la analogía de los Sacramentos, y los dichos de los Padres, prueban de manera más eficaz y clara un discurso figurado en las palabras de la Cena del Señor".

Por lo tanto, se debe recibir especialmente un sentido y significado figurado en estas palabras: 'Esto es mi cuerpo'" - Ver "Goode, sobre la Eucaristía" vol. II., p. 766.

El obispo Hooper, en su "Breve y clara confesión de la fe cristiana", dice: - "Creo que todo este sacramento consiste en el uso del mismo; de modo que sin el uso correcto el pan y el vino en nada se diferencian de otros panes y vinos comunes que se usan comúnmente: y por lo tanto no creo que el cuerpo de Cristo pueda estar contenido, escondido o encerrado en el pan, bajo el pan o con el pan, ni la sangre en el vino, bajo el vino o con el vino. Pero creo y confieso que el único cuerpo de Cristo está en el cielo, a la derecha del Padre; y que siempre, y cuantas veces usemos este pan y este vino de acuerdo con esta ordenanza e institución de Cristo, recibimos verdadera y efectivamente su cuerpo y su sangre". - Obras de Hooper: Edición de la Sociedad Parker, vol II, p. 48.

El Obispo Jewell dice:

"Examinemos qué diferencia hay entre el cuerpo de Cristo y el sacramento de su cuerpo.

"La diferencia es ésta: un sacramento es una figura o señal; el cuerpo de Cristo es una figura o señal. El pan sacramental es pan, no es el cuerpo de Cristo: el cuerpo de Cristo es carne, no es pan. El pan está abajo; el cuerpo está arriba. El pan está en la mesa; el cuerpo está en el cielo. El pan está en la boca; el cuerpo está en el corazón. El pan alimenta el cuerpo; el cuerpo alimenta el alma. El pan se reduce a la nada; el cuerpo es inmortal y no perecerá. El pan es vil; el cuerpo de Cristo es glorioso. Tal es la diferencia entre el pan, que es un sacramento del cuerpo, y el propio cuerpo de Cristo. El sacramento lo comen tanto los impíos como los fieles. El cuerpo sólo lo comen los fieles. El Sacramento puede ser comido para el juicio; el cuerpo no puede ser comido sino para la salvación. Sin el Sacramento, podemos salvarnos; pero sin el cuerpo de Cristo no tenemos salvación: no podemos salvarnos" - Jewell on the Sacrament, Vol I, Parker Society Edition, p. 1121.

(5) Richard Hooker, en su "Ecclesiastical Polity," dice:

"La presencia real del muy bendito cuerpo y sangre de Cristo no debe buscarse en el Sacramento, sino en el digno receptor del mismo.

Y con esto concuerda el mismo orden de las palabras de nuestro Salvador. Primero, 'tomad y comed'; luego, 'esto es mi cuerpo que es partido por vosotros'. Primero, 'bebed todo esto'; luego, 'esto es mi sangre del Nuevo Testamento, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados'. No sé de qué manera se debe entender por las palabras de Cristo, cuándo y dónde el pan es su cuerpo, o el vino su sangre, sino en el corazón y el alma de quien los recibe. En cuanto a los sacramentos, realmente se exhiben, pero por lo que podemos deducir de lo que está escrito sobre ellos, no son realmente ni contienen en sí mismos la gracia que con ellos o por ellos le place a Dios otorgar" - Hooker, Eccl, Pol., libro V., p. 67.

(6) Daniel Waterland dice:

"Los Padres comprendieron bien que hacer del cuerpo natural de Cristo el verdadero sacrificio de la Eucaristía, no sólo sería absurdo en razón, sino altamente presuntuoso y profano: y que hacer de los símbolos externos un sacrificio propio, un sacrificio material, sería totalmente contrario a los principios evangélicos, degradando el sacrificio cristiano en uno judío, sí, y haciéndolo mucho más bajo y mezquino que el judío, tanto en valor como en dignidad. El camino correcto, por lo tanto, era hacer el sacrificio espiritual, y no podía ser otro sobre los principios evangélicos". - Obras, vol. IV, p. 762.

Nadie tiene autoridad o derecho para ofrecer a Cristo como sacrificio, ya sea real o simbólicamente, sino Cristo mismo; tal sacrificio es su sacrificio, no el nuestro - ofrecido para nosotros, no por nosotros, a Dios el Padre" - Obras, vol. IV, p. 753.